

Entornos residenciales de clase media y clase trabajadora: percepciones e influencia en la segregación socio residencial en el AMBA (2019-2021).

Ayelén Cione y Federico Serrani.

Cita:

Ayelén Cione y Federico Serrani (2021). *Entornos residenciales de clase media y clase trabajadora: percepciones e influencia en la segregación socio residencial en el AMBA (2019-2021)*. XIV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-074/226>

Entornos residenciales de clase media y clase trabajadora: percepciones e influencia en la segregación socio residencial en el AMBA (2019-2021)

Serrani, Federico - Licenciado en Sociología - FSOC UBA
serranifede@gmail.com

Cione, Ayelén - Estudiante de Lic. en Sociología - FSOC UBA
ayelencione@gmail.com

Eje 3: Estructura social, demografía, población

Mesa 137: Análisis de clases sociales en tiempos de la crisis del Covid-19 (ET: Pandemia)

Resumen

La segregación socioresidencial es un proceso que adquirió un ritmo creciente en los últimos años, siendo la clase social el principal clivaje que diferencia las zonas de socialización territorial. Además de una desigual distribución de los bienes, servicios y grupos sociales en el espacio, la segregación socioresidencial está ligada a una dimensión subjetiva que la fundamenta. El presente trabajo analiza las percepciones que otorgan a los entornos residenciales las personas de clase media y trabajadora del AMBA y su relación con la segregación socioresidencial, las oportunidades que brindan estos entornos y la elaboración de estigmas territoriales. Los principales hallazgos señalan elementos comunes y divergentes en la construcción de sentido de ambas clases. Entre los primeros: oportunidades laborales cercanas y acceso al transporte como deseables, percepción de espacios homogéneos en cuanto a estilos de vida y elaboración de estigmas que asocian tipos de residentes y prácticas con entornos residenciales peligrosos, asociados a sensaciones de inseguridad. Entre los segundos: experiencias residenciales y educativas diferenciales para las oportunidades de vida, partiendo de recursos desiguales para gestionar la diferencia y para apropiarse de oportunidades en territorios más o menos “domesticados”. Se utilizó un diseño cualitativo, realizando 27 entrevistas semiestructuradas entre 2019 y 2021 a familias de clase media y trabajadora del AMBA, avanzando luego en un análisis temático sobre las valoraciones y significados otorgados a los entornos residenciales. Las entrevistas realizadas y el presente trabajo se enmarcan en el Programa de Investigación sobre Análisis de Clases Sociales del IIGG-UBA.

Palabras clave: Entornos residenciales, segregación residencial, clase media, clase trabajadora

1. Introducción y enfoque teórico

El objetivo del trabajo es analizar las percepciones que las personas de clases medias y trabajadoras del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) tienen acerca de sus entornos residenciales y, particularmente, de la segregación residencial socioeconómica (SRS). Se busca reconstruir las percepciones sobre las oportunidades y limitaciones que existen en cada entorno socioresidencial; indagar acerca de los sentidos subjetivos o simbólicos que sustentan la división social del espacio urbano; y analizar la interrelación entre estas percepciones y la elaboración de estigmas territoriales por parte de los residentes de diferentes barrios de clase media y trabajadora.

El enfoque asumido entiende a las clases sociales como el principal factor de desigualdad que organiza a las sociedades. Así, las posiciones que las familias ocupan en la estructura social están determinadas por su inserción en las relaciones sociales que caracterizan a la división del trabajo, es decir, se otorga centralidad a las relaciones que se entablan en la esfera laboral, ya que éstas son clave en la generación y distribución de las desigualdades sociales (Solís, Benza y Boado, 2016). La estructura de clases, entonces, puede ser vista como una estructura desigual de oportunidades (Dalle, 2012). Tal como sostiene Sautu (2012), tanto la estructura de clase como las clases sociales son realidades histórico sociales, cuya realidad se asienta en la capacidad de apropiación y en la distribución de recursos económicos y de los privilegios sociales. Además, “los miembros de las clases se reconocen y diferencian por lo espacios geográficos que ocupan, (...) por las relaciones sociales que establecen entre sí y con miembros de otras clases (...) y por los patrones de comportamiento construidos colectivamente” (Ídem: 219)

Considerando que según su posición de clase las familias poseen diferenciales recursos y capacidades económicas, también poseen desiguales capacidades de apropiación del territorio, junto con las oportunidades que este brinda a sus residentes. En este sentido, la posición en la estructura social y la localización en el espacio físico no son independientes, sino que están fuertemente interrelacionadas (Di Virgilio y Heredia, 2012), lo que permite ver a la desigualdad como un fenómeno socio-territorial. Si bien el lugar de residencia puede reflejar la clase social de sus habitantes -evidenciando el acceso a diversos capitales, diferenciando grupos y estilos de vida-, la relación no se da solamente en ese sentido, sino que también el lugar de residencia tiene influencia en la clase social por las oportunidades y limitaciones que presenta a quienes allí habitan (Boniolo y Estévez Leston, 2017). Los efectos de la clase social en las oportunidades de vida de las personas, entonces, pueden ser matizados o acentuados según los desiguales recursos (bienes, servicios, infraestructuras, redes sociales) que los entornos residenciales provean a las personas (Boniolo, 2020).

Estas diferencias en la capacidad de apropiación (y producción) de los entornos urbanos dan lugar a desiguales distribuciones espaciales de las familias según su clase social.

De esta forma, los procesos de segregación residencial socioeconómica (SRS) son tanto sociales como espaciales, dando lugar a relaciones de proximidad o separación territorial entre familias de un mismo grupo social (Sabatini, Cáceres y Cerdá, 2001). Para dar cuenta de los procesos de segregación, su impacto en la configuración socio-espacial de la ciudad y su manifestación en la experiencia cotidiana de sus residentes, se han estudiado tanto las dimensiones objetivas como las subjetivas de este fenómeno. Entre las primeras, se ha propuesto el estudio del grado de concentración espacial de los grupos y de la conformación de áreas socialmente homogéneas (Sabatini, 2006; Rodríguez y Arriagada, 2004). Entre las segundas, se ha señalado la percepción que los residentes de la ciudad tienen de la segregación, la relación con las construcciones identitarias, el prestigio asignado a los diferentes barrios y la construcción de estigmas territoriales.

Consideramos que los entornos residenciales no sólo refieren al acceso a diferentes mercados y consumos materiales de determinada posición social, sino que también expresan los estilos de vida -orientaciones psicosociales, culturales y comportamientos- diferenciados que esas posiciones conllevan (Boniolo, 2020). El abordaje de la dimensión subjetiva permite reconocer que la SRS no se trata solamente de una distribución desigual de los grupos sociales y del acceso a los bienes, servicios, infraestructuras y redes sociales que las zonas de residencias brindan, sino también de la construcción de sentidos, representaciones, diferenciaciones y estigmatizaciones que los sostienen y fundamentan (Elorza, 2019). El conjunto de sentidos acerca de los “otros”, más o menos distantes, residentes de zonas más o menos “deseables” y con estilos de vida y usos del espacio más o menos distintos (o distinguidos) a los propios de una posición social son los que sustentan esta división social del espacio desde las dimensiones prácticas y simbólicas.

Diversos trabajos analizan las dimensiones objetivas y simbólicas de la segregación urbana, sosteniendo que es necesaria esta mirada conjunta para poder interpretar y dar sentido a la relación compleja (no unicausal ni unidireccional) entre estructura espacial y estructura social. Saraví (2004, 2008) señala que la segregación urbana se inserta en los procesos relacionales de desigualdad y diferenciación, a través de las formas de sociabilidad urbana moldea la relación con los “otros” y contribuye a la construcción de la “otredad”. Así, la dimensión simbólica “se constituye como una fuerza activa de segregación y al mismo tiempo un condicionante de los encuentros o desencuentros” por medio de la cual “se construyen, atribuyen y aceptan intersubjetivamente ciertos sentidos al y sobre el espacio” (Ídem: 98). La asociación entre atributos socioculturales y espaciales se constituye así como un mecanismo de exclusión y limitación de las oportunidades.

En una línea similar, otros trabajos han abordado cómo se configuran los modos de simbolizar un espacio barrial segregado, cómo se construyen las redes de relaciones sociales y prácticas hacia el interior del barrio y también hacia el exterior, sus lógicas y sus límites

(Segura, 2006). Además, se ha profundizado en el análisis de la SRS, no limitándose a su dimensión residencial estática, sino indagando en las formas en que los residentes de las periferias experimentan la vida urbana y los diversos sentidos asociados a la movilidad e interacción cotidiana (Segura, 2012). Otros trabajos han buscado comprender cómo esta segregación se construye, además de en la distribución residencial, en el ámbito de las representaciones sociales, los estigmas territoriales producidos y las prácticas de los sujetos (Elorza, 2019); y también las conexiones entre segregación socio-espacial, biografías y experiencias del habitar en contextos urbanos segregados, buscando vislumbrar simultáneamente los condicionamientos estructurales y las formas en que los sujetos enfrentan estos desafíos (Cervio, 2020).

El presente trabajo aborda la relación entre la estructura social y la estructura espacial a través del lente de las clases sociales y la construcción de sentidos sobre los entornos residenciales. Buscando aportar a la discusión sobre la SRS y los aspectos subjetivos o simbólicos que la manifiestan y la sustentan, nos preguntamos ¿de qué manera perciben las oportunidades y limitaciones de su entornos residencial las personas de clase media y trabajadora?, ¿cuales son los sentidos que asocian a los residentes de su barrio y de otros barrios?, ¿en base a qué criterios, marcas territoriales o fronteras simbólicas establecen estas diferenciaciones?, ¿se puede hablar de estigmas territoriales entre los sentidos que asocian residentes y entornos barriales?

El diseño metodológico para este trabajo se basó en un abordaje cualitativo. Se realizó un análisis temático de los sentidos y valoraciones asociados a los entornos residenciales y a sus residentes, a partir de testimonios de personas de clase media (ocupaciones técnicas, administrativas y docentes) y clase trabajadora (ocupaciones operativas, empleadas domésticas, servicios de mantenimiento) del AMBA. Dichos testimonios han sido obtenidos a través de entrevistas en profundidad realizadas entre los años 2019 y 2021 por el equipo del Programa de Investigación sobre Análisis de Clases Sociales del IIGG-UBA y enmarcadas en dos proyectos, uno sobre trayectorias residenciales y otro sobre cultura intergeneracional de clase. Se ha optado por analizar los procesos de segregación residencial entre personas de clase media y clase trabajadora atendiendo a dos razones. Por un lado, considerando que los procesos de desigualdad y distinción en términos de clase son relacionales, es apropiado analizar en conjunto los sentidos construidos por personas en diferentes posiciones de clase. Por otro lado, a los fines de complementar de manera novedosa otros aportes que se han centrado en expresiones de la segregación más visibles como son los barrios cerrados (Svampa, 2001), los asentamientos informales o las villas de emergencia (Cervio, 2020).

2. Oportunidades y desventajas del entorno residencial

A partir del enfoque y las herramientas conceptuales que seleccionamos para el análisis de los relatos de personas de clase media y clase trabajadora, asumimos que las posiciones de clase que ocupan las familias son una clave para interpretar y reconstruir la forma en que se relacionan con su entorno residencial y como producen sus prácticas sociales, de qué manera perciben las oportunidades y limitaciones que cada entorno brinda, cuales son las principales distinciones que observan o construyen respecto de las zonas y los residentes y en dónde ven expresadas esas diferencias. La distribución de las oportunidades -como situaciones propicias para la satisfacción de objetivos- son influidas por la estructura urbana a través de las características del mercado de tierras, las condiciones de localización y los flujos, circulaciones e interacciones que propone (Di Virgilio y Perelman, 2014).

De manera amplia, las primeras cuestiones que emergen al preguntar acerca de la experiencia de habitar refieren a la satisfacción o insatisfacción general respecto del lugar de residencia, asociada a las oportunidades que puede brindar el vivir en determinada zona: la relación espacial con las actividades económicas, el acceso al transporte urbano, la disponibilidad de infraestructuras, servicios públicos e instituciones educativas y la existencia de redes familiares y vecinales.

La relación espacial de cercanía o lejanía con diversas actividades económicas es elaborada a partir de la experiencia diaria de los entrevistados. Una diferenciación que surge de los testimonios es aquella que separa las actividades laborales -las fuentes de empleo para los entrevistados y sus familias- de las actividades de consumo. Trabajar en una actividad cercana a la residencia es visto muchas veces como algo deseable e incluso, una razón para quedarse en ese lugar a pesar de no gustarle otros aspectos que son relativizados, como la seguridad. Se lo ve como una oportunidad que no se debe desaprovechar, al mismo nivel que el acceso a instituciones educativas o servicios médicos. En este sentido Silvia comentaba

...Mirá, yo te digo la verdad, yo no me acostumbro a la vida de acá [...] Pero como te digo, es lo que nos tocó. Por eso es el tema del trabajo, estamos, ya mi hija está grande... Ella está bien. Y por el tema de la educación también. Ahí estamos viste, eso es lo que todo suma: el trabajo, la educación. Cuesta, cuesta porque el barrio, viste que está medio... pero... [...] Pasa que creo que en todos lados está igual el tema de la seguridad [...] por suerte acá, nosotros podemos estar agradecidísimos con lo que es atención, médicos, educación. Si no lo aprovechas es porque no querés. (Silvia, 38 años, clase trabajadora)

De manera similar, en otras entrevistas se comentaba la ventaja de esta situación en contraposición con la experiencia de transitar hacia la CABA residiendo en barrios del conurbano como Temperley, en zona sur, o Los Olivos, ubicado en zona norte del AMBA. En el primero de los casos se señalaba “tener la fortuna” de trabajar siempre cerca de su casa por las dificultades que implica “el tema de viajar en el centro”. En el otro, el entrevistado comentaba que, por lo general, los trabajos que “agarraba” eran todos por zona norte, tratando de no alejarse mucho. Esta decisión radica en que para él “es preocupante” tener que

trasladarse mucho, ya que usa una motocicleta como medio de transporte y vió muchos accidentes en la autopista, riesgo al que se expone menos si trabaja cerca de su vivienda.

Ahora bien, esta percepción cambia cuando estas oportunidades laborales no son directamente aprovechadas por el entrevistado o su familia. En su relato, Mariana, que vive en Avellaneda, señala que allí “hay muchas industrias y hay muchas empresas, hay muchas PyMES [...] ni hablar del shopping, que es una fuente de empleo enorme” pero que, por la experiencia laboral concreta de sus amigos y vecinos ve que “hay mucha fuente de empleo pero hay mucha desocupación”, las empresas “están en un techo donde no van a poder crecer” y las PyMES “son el último eslabón” y “se están achicando”. Así, el barrio podría ser visto, por un lado, como un entramado de actividades que generan oportunidades para su residentes pero que existen factores contextuales que obstaculizan su desarrollo, y por otro, como ese espacio inmediato donde se ven las consecuencias de los períodos de crisis económica o retracción del empleo.

Cuando no son vistas como oportunidades laborales, las actividades económicas del barrio aparecen asociadas a lo comercial y la valoración positiva de tener negocios cerca. Esta valoración está ligada, por un lado, a la comodidad que genera la disposición de los comercios para la organización de la vida cotidiana (“tengo todo a mano”; “tengo bastantes actividades, no quiero perder tiempo ni distancia para recorrer para comprar algo”) y por otro, al “movimiento” de gente que se genera por esta disposición (“empezó a caminar más gente, empezó a haber más negocios”). La existencia de un cierto nivel de “movimiento” de personas transitando es visto como algo deseable, ya que aporta al sentimiento de seguridad. En este sentido, Alejandra señaló que cuando su hija adolescente “sale del colegio a las 2 de la tarde y no hay ni un pajarito de Gaona hasta acá, porque no hay prácticamente negocios, y la verdad que eso mucho no me gusta, porque estamos viviendo épocas medio complicadas”. Así, la disposición de los comercios es vista como algo a tener en cuenta en los recorridos diarios, como algo que hace al entorno y a la confianza que se puede tener al transitar el espacio público.

El acceso al transporte urbano es otra de las cuestiones que emerge de los relatos sobre la experiencia de habitar en uno u otro barrio. En casi la totalidad de los relatos la cercanía con paradas de colectivos y estaciones de tren o subterráneo es visto como algo positivo, que hace a una mejor organización diaria de los tiempos y puede “acercar” los lugares de trabajo. En este sentido, Mariana nos comentaba que ella vive “en un lugar privilegiado” porque está “rodeada de paradas de colectivos”. De manera similar, Sandra estaba satisfecha con una reciente mudanza desde Florencio Varela hacia San Martín porque ahora tiene la estación del tren a media cuadra: “antes yo me levantaba a las 4 para ir a trabajar (...) no era que tenía la estación cerca” y ahora que la tiene a media cuadra “en media hora puedo estar en el trabajo”.

En cuanto a la disponibilidad de infraestructura en el barrio y el acceso al espacio público, las experiencias son variadas. Una de las principales diferencias que emerge de los relatos es aquella que distingue a las experiencias de vida centralizadas en barrios de la CABA y aquellas que dieron cuenta de un mayor arraigo en diferentes barrios del Conurbano. Entre las primeras, dos entrevistadas de clase media centraban sus relatos en sus propios cambios de barrios dentro de la ciudad y cómo eso determinaba un mayor o menor acceso a equipamientos o servicios que provee el territorio. Así, las mudanzas en diferentes momentos del ciclo de vida familiar, el acceso a diferentes barrios, permiten apropiarse de esas oportunidades (el acceso a redes de transporte o a instituciones educativas para los hijos e hijas, etc.). De esta manera, los barrios dentro de la ciudad son percibidos como espacios estáticos o con transformaciones muy lentas, con oportunidades que una familia puede aprovechar según su capacidad de acceso a la vivienda, en diversos trayectos de movilidad intraurbana: experiencias de alquiler, compra o venta de departamentos o casas, acceso a crédito para eso como decisiones meditadas y tomadas al interior de la familia según sus capacidades económicas en cada momento.

Otras infraestructuras urbanas, en cambio, no son vistos como oportunidades o facilitadores de la experiencia cotidiana sino como obstáculos. Un elemento que funciona como límite o frontera es la Avenida General Paz. Susana, residente del barrio de Saavedra, recordaba

una época que no tenía auto y viviendo ahí, me manejaba en colectivo, y era engorroso por ejemplo porque... el colectivo me dejaba del otro lado de la General Paz, tenía que cruzar el puente peatonal, una vez me robaron, ahí en el puente estando con Lucas [el hijo]. (*Susana, clase media*)

En este relato, la desconfianza o el temor que implicaba realizar ese cruce, vinculado con una situación concreta de inseguridad, fue resuelto al interior de la familia mediante la compra de un automóvil, como estrategia para desligarse de ese condicionamiento territorial.

En el relato de Matías, de clase trabajadora residente de Las Tunas, en General Pacheco, la zona de desconfianza que busca evitar está ligada también a la infraestructura vial. A su lugar de trabajo va “en auto, aunque podría ir caminando, tranquilamente”. Si bien la distancia le permitiría llegar a pie, por su horario de trabajo nocturno y el tener que atravesar una zona “picante” que no ubica precisamente en su barrio sino “al costado de la colectorá” de la autopista, decide moverse en auto. Cuando estos límites o fronteras en la ciudad se asocian con ciertas personas o grupos generando un estereotipo negativo, se trata de una estigmatización territorial. Avanzaremos sobre esto en el siguiente apartado.

En otros relatos, también situados en el conurbano, la percepción de que cierta infraestructura urbana separa los espacios o impone condicionamientos a la experiencia vuelve a emerger, en este caso, no ligada a situaciones de inseguridad sino a una interrupción del ámbito por donde se suele transitar. Mariana, que vive en Avellaneda, señalaba que el

barrio “tiene lugares súper encajonados” y que “se estanca por eso históricamente”, al hallarse entre dos puentes y al mismo tiempo atravesado por las vías del tren, que “cortan la comunicación” con “los partidos vecinos o con el resto de Avellaneda”.

Entre los relatos de personas de clase trabajadora de diversos barrios del conurbano aparecen en mayor medida cuestiones ligadas al paso del tiempo en el barrio, que dan cuenta de procesos de mejora en la infraestructura y que se ven asociados, en algunos casos, con sentimientos de compromiso con el entorno barrial o con experiencias de organización en pos de su mejoramiento. Entre las personas de clase media, si bien se dan historias de permanencia en el barrio, los relatos dan cuenta del reconocimiento con vecinos y la identificación con el barrio, pero no surgen los procesos de mejora en el acceso a infraestructuras o servicios urbanos sino más bien se relatan procesos de cambio entre las antiguas y las nuevas generaciones de vecinos.

La permanencia en el barrio permitió a muchos ver los cambios que se fueron dando en el acceso a infraestructura urbana. Así, en los relatos de Leo y Julio, ambos de clase trabajadora, se señalan procesos de mejora durante los últimos años: “...se mejoró bastante, mucho. Hay asfalto. Antes llovía y era un barrial acá cuando no había asfalto. (...) se inundaba mucho también. La verdad que mejoró mucho el barrio.”; “Antes todos teníamos un cerco de alambre, ahora tiene frente, bonito, pintado. (...) No tenemos asfalto pero lo tenemos en la esquina. Todos los servicios, la mayoría los tiene a todos”. En este mismo sentido, Gabriela cuenta que

Ahora son todas casas, están mejores que antes... ¿Mejóro? Si, si. Mejoró un montón. Hace ya ocho años, creo, que ya tenemos el asfalto. Eso no lo teníamos. Cuando nació mi hijo llovía, me acuerdo, y me sacaron del barro prácticamente. Tremendo el barro que había. ¿y se pobló mucho? Si, ahora está todo poblado. Hay más escuelas, hicieron muchas más. Hay un secundario, una escuela secundaria que ahí terminó mi hijo. (...) El asfalto fue lo mejor que hicieron... Después, que iluminaron todo, porque antes no estaba todo iluminado. (...) Cambió un montón. Muchísimo cambió. (Gabriela, 50, clase trabajadora)

En ocasiones, estos procesos de transformación en la infraestructura fueron fruto de la organización y el trabajo de los vecinos, que acompañaron el proceso de constitución del barrio. Susana (43 años) cuenta que Florencio Varela, barrio en donde vivió una parte de su vida, “evolucioó bastante rápido” a raíz de que “se juntaron los vecinos para pedir el asfalto (...) aportamos entre todos, se habló con el municipio y se asfaltó”. De la misma forma, para lograr servicios como agua corriente o red de gas natural, “los vecinos empezaron a hacer notas de pedidos, a hacer cachengue, porque la realidad era que si los vecinos no se movían no había nada”. Así, estos entornos son percibidos como espacios dinámicos, en donde los procesos de mejora son valorados y también en los cuales se ha podido incidir para lograrlos, partiendo de cierta organización barrial.

Tanto en los relatos de familias de clase media como en los de familias de clase trabajadora, la escuela, como institución anclada territorialmente, es uno de los ámbitos en donde se expresan con claridad las distinciones sociales entre los residentes del barrio, las diferencias con residentes de otros barrios y las transformaciones ocurridas a lo largo del tiempo. Los atributos y la valoración de una institución educativa son elaborados tanto por “la clase de gente que va” como por la calidad de la enseñanza que brindan. Bayón y Saraví (2019), señalan que este tipo de clasificaciones en categorías jerárquicas son “una estrategia esencial en la construcción de la desigualdad” (p.72), que refiere a diferencias no solo en la infraestructura o los recursos pedagógicos sino también a las imágenes construidas sobre las escuelas a las que asiste cada clase social o incluso sobre las cualidades personales de los estudiantes.

En palabras de una entrevistada de clase media del barrio de Avellaneda, “toda esta cuestión social que vemos en el barrio” se expresa de forma clara en el ámbito educativo: “se ve en la escuela, por supuesto, es el primer lugar donde se ve”. En este caso, el relato se refiere a problemas de desempleo o inseguridad en el barrio que llevan a que las escuelas estatales que eran “buenas” o “excelentes”, e incluso a las que asistieron miembros de la familia, se hayan vuelto “socialmente complicadas” donde “nadie quiere ir”. Esta situación empuja a la familia a optar por enviar a su hija a una “escuela privada de Avellaneda centro” aunque implique algo más de recorrido diario y un esfuerzo económico.

En los relatos, si bien aparece la referencia a la calidad educativa que una institución puede brindar (la “capacidad” de los docentes para transmitir las enseñanzas, los paros que hacen perder días de clase), el principal aspecto que diferencia una escuela de otra es que constituye un “entorno” social en el cual los hijos e hijas van a socializar, por lo que entra en juego “el nivel” o “la clase de gente que va”. Este proceso de deterioro de la escuela pública que perciben las familias de clase media las lleva a valorar en mayor medida y a elegir en muchos casos escuelas privadas para que asistan sus hijos e hijas. El sentido detrás de esto podría verse como la selección de un entorno o un ámbito de pares o iguales para que se relacionen, valorando las instituciones con “comunidades establecidas” o donde concurren sus conocidos. En contraposición a esto, se mencionan familias con un “nivel socio-cultural” distinto, escuelas que están localizadas territorialmente cerca de villas o asentamientos a las que concurren “chicos más carenciados” o “con otras necesidades”, diferencias al interior del propio barrio por los uniformes o las mochilas que usan los alumnos de una u otra escuela, o distinciones con otras escuelas privadas que por ser subvencionadas “la población no es muy distinta de la que podés encontrar en una escuela pública” y no tienen “una realidad muy distinta de la del barrio”.

A pesar de estas orientaciones marcadas acerca del ámbito educativo, otros relatos de personas de clase media también muestran reparos a esta estrategia familiar. Dalia nos

comentaba que si bien le “parece que el colegio privado tiene un montón de cosas buenas” también genera “una especie de burbuja, de pecera” que no es positiva para su hijo porque “el pibe tiene que salir” a “la calle” o a “la realidad en algún momento”. En este sentido, en un relato familiar de ascenso a la clase media, se valora el rol que puede jugar un ámbito educativo heterogéneo en la trayectoria de ascenso, ya que aunque puede generar situaciones de “desfasaje” en los estilos de vida o incluso de discriminación, habilita la posibilidad de rodearse de personas que muestran una diversidad de alternativas a seguir. Valeria, habiendo transitado su niñez en un pueblo de Corrientes, cuenta que la escuela fue “su primer contacto con una micro sociedad” con “estratos sociales, igualdad y desigualdad”. A partir de ese espacio ella podía “interactuar con otros chicos de otros pueblos”, “ver que hay gente que vive en otro lado” y empezar a construir una reflexión y decisión personal que desemboca en su mudanza al AMBA. Ella cuenta que en la ciudad, ese nuevo “contexto social del que te vas rodeando” la llevó a decidirse por estudiar una carrera universitaria ya que empezó a “sentir nombres de carreras”, “conocer gente que estudia”, “saber qué son las facultades”.

Entre los relatos de familias de clase trabajadora, el ámbito educativo y su relación con el espacio barrial es percibido de manera similar a los relatos de personas de clases medias (la escuela pública del barrio se deterioró, “la gente cambió”) pero se añaden también otros elementos que no estaban presentes entre los anteriores. Respecto del acceso a la educación privada, se lo asocia únicamente a las generaciones actualmente escolarizadas (no a las anteriores) y ligado a la idea de esfuerzo e inversión de tiempo y dinero, para lograr la educación deseada, “una buena base” para hijos e hijas. Nuevamente emerge la idea de que lo más importante es “el entorno” y la gente que nuclea cada escuela. Silvia contaba la estrategia que desarrolló para elegir la escuela de su hija y la importancia de la información brindada por sus contactos pero también obtenida de primera mano por ella:

desde que ella empezó el colegio va a colegio privado. Porque como te digo, no es que tenga nada en contra... pero si puedo, para eso trabajo(...) yo quiero que ella vaya a la escuela, tenga una buena base, siga estudiando. Y vi que para eso no quedaba otra que mandarla a un colegio privado. Lamentablemente el colegio público... te digo porque yo tengo amigas, conocidas, gente. Porque viste uno acá habla con mucha gente (...) y son quejas, y quejas, y quejas, de cómo está el colegio público. (...) ¿Están conformes en general? Si, si. Yo antes de inscribirla me recorrí todo, preguntando todo (...) Me paré en la puerta del colegio, hablaba con uno, hablaba con otro, (...) Si, me tomé el trabajo de hacer eso (...) Para mí lo más importante es... el entorno ¿el entorno? El entorno, sí. (...) por eso te digo, yo cuando entré, yo fui y una semana habré ido: Era como estar parada ahí afuera y mirar la gente que entraba, que salía, qué tipo de gente era (...) Hice un trabajo de inteligencia (Silvia, 32, clase trabajadora)

En los relatos de clase trabajadora, la generación de los entrevistados concurrió en su mayoría a escuelas públicas. En estas experiencias se señala al barrio como algo que incide en las trayectorias y que, llegado el caso, la familia busca diluir esa influencia. Leo nos cuenta

que él concurrió a una de las escuelas del barrio (Don Torcuato) que “era la más bajita”, porque “había otros colegios de la zona que eran mucho mejores, tanto en educación como los mismos chicos que íbamos”. Después de esa experiencia en la primaria, abandona la escuela secundaria luego de repetir primer año, porque ya “no le daba bola al estudio” y lo relaciona con su experiencia “como todo adolescente que anda en los bailes, andan en las jodas que hacen en los barrios”.

Como contraste, el relato de Julio (Grand Bourg) muestra diferencias entre la educación que podía brindarles la escuela del barrio y otras instituciones. Él y sus hermanos fueron a la escuela primaria y secundaria que no eran de la zona, mientras que sus amigos del barrio iban a las cercanas. Sobre esta situación Julio cuenta que les agradaba ya que “en comparación de lo que era acá en el barrio, era otro edificio, otra educación, otra gente” y que visto desde el presente puede opinar que su nivel de secundario fue mejor que el de una escuela técnica. Otros entrevistados también relatan la posibilidad de encontrar “más educación o mejor oportunidad” en escuelas que no fueran del barrio. Así las estrategias familiares y personales para distanciarse de la influencia barrial fue asistir a instituciones ancladas en otros territorios, con otros esfuerzos en recorridos y distancias.

Un último aspecto a mencionar acerca de las oportunidades y limitaciones condicionadas por la localización radica en las redes familiares y vecinales. Estas redes de cercanía pueden proveer sostén o recursos ante diversas situaciones (como contactos, informaciones o ayudas en tareas de cuidado) y también aportar al sentimiento de confianza o arraigo con el entorno barrial.

Entre los relatos de familias de clase trabajadora, la constitución de redes familiares ancladas en el barrio aparecen muchas veces ligadas a los procesos de autoconstrucción de la vivienda, la permanencia en el barrio, a veces atravesando el proceso de “constitución del barrio” y su poblamiento. Gabriela nos cuenta que vivió toda su vida en Laferrere: creció en el barrio, luego cuando se casó, su marido compró un terreno a tres cuadras de donde vivía y construyeron su casa; una de sus hermanas edificó en el terreno de sus padres y así se constituyó una red familiar muy próxima “todo cerca, en Laferrere”. Esta permanencia llevó a un arraigo en el barrio, alimentado también por el reconocimiento con otros vecinos de hace muchos años. Esta misma red de vecinos fue la que le permitió acceder a sus primeros trabajos como empleada doméstica: “me consiguió una señora que era vecina del barrio. A ella le pedían alguna chica buena que conozca y me llevó a mí”. Ese acceso fue extendiéndose a sus hermanas, que también fueron empleadas como servicio doméstico a partir de personas que Gabriela iba conociendo y estableciendo confianza. En otros casos, como el de Mariano, si bien no asocia su red familiar o barrial con el acceso al empleo, el arraigo existe porque “uno se crió acá, (...) tiene la familias acá, tiene las amistades acá” y

parte de esa base para proyectar su futuro, como construir una mejor vivienda para su madre y él alquilar un mejor lugar dentro de Carapachay.

En el relato de Julio, la formación de una red vecinal contribuyó a mejorar su sensación de seguridad y confianza en el barrio: a través del armado de un grupo de WhatsApp con vecinos y vecinas de su manzana (“gente trabajadora, sencilla”) que puedan estar atentos “si veían algo raro”, personas desconocidas, etc. Acerca del origen del grupo, Julio contaba

El motivo era de colaboración, digamos. Hay alguien que está solo en un momento de pánico, si se lo puede ayudar, se lo ayuda. (...) qué se yo: se me descompuso la nena, necesito ayuda... bueno, sí. Y después, bueno, surgió poner cámaras en la cuadra y demás, y eso ya fue un avance importante como grupo vecinal digamos. *¿Eso lo gestionaron ustedes?* Sí, sí. Porque es variado los horarios que tenemos todos. Así que sirve, sirve y está bueno. (Julio, 31, clase trabajadora)

En un sentido diferente, Edgar señala que le gustaría “vivir en un barrio mejor en el tema de que la gente quiera avanzar”. Esta distinción la realiza por algunos vecinos que “te miran raro” si haces alguna mejora en tu casa o son descuidados con temas como la recolección de residuos de la cuadra. Esto podría ser visto como un mecanismo de micro-diferenciación al interior del barrio, entre los que se comprometen con que el barrio “avance” y otros vecinos que “no tienen ese pensamiento”. Abordaremos más en profundidad esta cuestión en el siguiente apartado, en relación con los estigmas territoriales.

Entre las familias de clase media los relatos son similares, señalando en los casos de permanencia en el barrio (Temperley, Lomas de Zamora, Avellaneda) la búsqueda de tener “toda la familia cerca”, permanecer “siempre en la misma localidad, en la misma zona” o mantener el contacto con las familias que “viven en el barrio hace muchísimos años”. Es distintivo de estos relatos su localización en barrios de la zona sur del conurbano, mientras que no los encontramos entre los relatos de familias de clase media de la CABA. También se puede observar que lo que se señala de este arraigo es la identificación con el barrio a partir del reconocimiento interpersonal con personas y familias que consideran iguales, dentro de la “comunidad establecida”. En cuanto a las estrategias de acceso al suelo y a la vivienda, a diferencia de las familias de clase trabajadora -con experiencias de compra u ocupación de terrenos y autoconstrucción de viviendas en barrios en proceso de consolidación-, los relatos de las familias de clase media hacen referencia al proceso de decisión y compra de la vivienda dentro de la zona de “cercanía” familiar y vecinal,.

Como breve conclusión del apartado, consideramos que se pueden señalar percepciones comunes y también diferencias en las experiencias de apropiación del territorio y sus oportunidades. El barrio es visto como un entramado de oportunidades laborales cuando existen actividades comerciales e industriales, y es deseable conseguir un trabajo cerca del lugar de residencia, situación de la que disfrutaban algunos entrevistados y otros no. Esto se vincula entonces con la valoración positiva que se tiene sobre la cercanía con las redes de

transporte, que funcionan de tal manera que pueden “acercar” otras oportunidades laborales y permiten organizar la movilidad diaria. Si bien los entrevistados señalan que en muchas zonas sería deseable un mayor acceso al transporte público (más estaciones o paradas) los barrios en los que residen están suficientemente integrados.

Los elementos divergentes comienzan a verse en el acceso a infraestructuras urbanas y servicios entre los relatos de clase media y trabajadora: entre los primeros, sobre todo aquellas trayectorias intraurbanas en la CABA, la capacidad de mudarse que tenga una familia es lo que permite acceder a una mejor infraestructura. Entre los segundos, los relatos muestran más elementos de entornos residenciales que se fueron mejorando y de permanencia de las familias en esos barrios que poco a poco se fueron beneficiando por esas nuevas condiciones. Este tipo de experiencias urbanas desiguales podrían ser vistas, como señalan Duhau y Giglia (2008), como un reflejo del poder desigual de los actores en su relación con el espacio y, en particular, con su capacidad para “domesticarlo”, dándole significado y uso. Otros, con más recursos a su disposición acceden a espacios ya “domesticados” y la relación con ese entorno conlleva menos esfuerzo.

El ámbito educativo, con sus instituciones ancladas territorialmente surge como otro de los principales espacios en donde se construyen las diferenciaciones sociales y espaciales, elaborando grupos de iguales y diferentes según su condición social o barrio de procedencia. La escuela se percibe como el principal ámbito en donde se refleja la situación social del barrio. Retrospectivamente, los relatos de los entrevistados señalan en su mayoría como la escuela situada en barrios relativamente integrados permitió acceder a una buena educación, pero luego fue impactada por un proceso de deterioro, expresado sobre todo en las condiciones socioeconómicas de los alumnos. Si durante la escolaridad de los entrevistados la estrategia familiar para distanciarse de la influencia del barrio en la escuela era elegir instituciones más distantes vistas como fuentes de mejores oportunidades, en la actualidad de los relatos, las estrategias se transformaron hacia la búsqueda de acceso a la educación privada (con las evidentes desigualdades de clase en el acceso a ellas), vista como una institución con un “mejor entorno”, de alguna forma desanclado de la realidad del barrio.

3. La estigmatización territorial

La segregación residencial no se comprende, únicamente, a través de la desigual distribución de bienes y servicios en el espacio, sino también, mediante las representaciones y sentidos que la fundamentan, operando como signos distintivos entre los grupos sociales (Elorza, 2019). Entre dichos signos se encuentra el estigma: “estereotipo definido a partir de la percepción de cualidades negativas respecto de una persona o grupo social” (Goffman en Elorza, 2019: 5). Así, estos atributos de carácter descalificatorio asignados a ciertos sujetos establecen marcas o huellas permanentes en el tiempo, pudiendo tener implicancias en

prácticas de diferenciación o segregación. Ahora bien, al vincular este concepto con el territorio podemos referirnos al estigma territorial (Wacquant en Elorza, 2019), es decir, determinados barrios se presentan en los individuos como una alteridad extraña, lejana e inaprehensible, actuando como un anclaje de degradación simbólica y deslegitimación social.

De esta forma, la estigmatización territorial no se presenta como una condición estática, sino más bien, como una acción relacional y dinámica que opera a partir de representaciones colectivas sobre un lugar (Wacquant, Slater y Pereira en Freidin, Ballesteros, Krause y Wilner, 2020). Esto es, el estigma territorial asocia a los residentes de determinadas zonas con cualidades negativas, como el peligro, la criminalidad o la suciedad, las cuales concluyen desplazándose a los espacios mismos, localizaciones que terminan construyéndose como lugares periféricos a los que hay que evitar ir (Kornberg en Freidin et al., 2020).

En esta línea, Link y Phelan en Kessler (2012) plantean que es posible identificar un estigma cuando se conjugan cinco componentes en el marco de una relación de poder: etiquetar, estereotipar, separar, pérdida de status y discriminación. Particularmente, Kessler (2012) menciona que el estigma territorial se trata de una marca no visible que habilita estrategias de distanciamiento entre distintos barrios, así como también, la identificación de ciertas zonas con mala reputación. Esta última circula de manera persistente en los discursos, en las conversaciones de quienes se acercan al lugar, en las decisiones institucionales concernientes a problemáticas del área y, finalmente, interviene en las relaciones que sus habitantes establecen en los comercios, lugares de trabajo, escuelas, servicios públicos y privados, etc.

En los discursos de los entrevistados de clase media y trabajadora se evidencia la asignación de determinadas profesiones, formas de ser y hablar, vestimentas, expectativas, calidades de vida, capacidades de consumo, bienes adquiridos, etc, a los distintos barrios. Se asocian los entornos residenciales con diversos tipos de residentes, estableciendo clasificaciones y etiquetas con múltiples jerarquías. Algunos territorios se presentan como “tranquilos” y deseables de habitar en tanto “la esperanza de vida y la felicidad aumenta”, mientras que otros se caracterizan por sus “malas condiciones de vida”, siendo conveniente evitarlos. De este modo, Valeria, residente de San Cristóbal de clase media sostiene que “la diferencia es la gente que vive en los barrios”, la cual se distingue en términos de “aspecto”, “consumo”, “vestuario”, “poder adquisitivo”, “formas de hablar”, etc. Argumenta que San Cristóbal se constituye como un barrio de “gente trabajadora no formada”, mientras que Villa Crespo presenta un “status más alto” con “gente profesionalizada”. En consonancia, Leonardo, habitante de El Talar de clase trabajadora, compara la “belleza” y “seguridad” de zonas céntricas o barrios privados con el “mal ambiente” de áreas periféricas:

L: Wilde es horrible, me parece que es horrible (...), el ambiente ya es malo, los políticos son malos, la organización es mala, no tiene nada. Y como ahí los terrenos son baratos, los alquileres son baratos, la gente es más fácil acceder a esos lugares, y se junta como lo más bajo, digamos, me entendés, por ejemplo, si una persona que vive ahí de golpe ganara un premio o algo, ¿no pensás que se iría de ese lugar? Yo creo que sí, se irían sin pensarlo. ¿Y a dónde te vas a vivir? Ponele, donde la condición de vida es mejor, digamos, ¿dónde es mejor la condición de vida? Tigre centro, es hermoso Tigre centro, es seguridad, tenés todo ahí, o sea, es un lindo lugar, en un barrio privado, Newman, por ejemplo, es un lindo barrio, tenés quinta, casa quinta, tenés todo. La esperanza de vida aumenta, la felicidad aumenta, porque yo pienso, un chabón que trabaja doce horas llega a un barrio, que encima le robaron, ¿qué puede...? ¿Qué sentimiento tendrá, me entendés? En cambio un chabón que tiene un buen trabajo, no hace esfuerzo, llega a su casa de, no sé, de un barrio privado, se siente feliz.

(Leonardo, El Talar, Clase Trabajadora)

En el caso de los entrevistados pertenecientes a la clase trabajadora el entorno residencial se reconoce como un aspecto capaz de influir en las trayectorias educativas y laborales, así como también, en la conformación de lazos sociales, de modo que potencien o degraden las expectativas y calidad de vida. Se presenta al barrio y a sus habitantes como un contexto que “te lleva a ser o actuar de un determinado modo”: Gisele, una residente de Malvinas Argentinas de clase trabajadora, relata haber asistido a un colegio en Escobar, lo cual le permitió “tomar siempre otro rumbo y buenas decisiones”, “hacer las cosas bien”, “evitar juntarse con la gente que no debía”, “criarse en un ambiente en el cual pueda esforzarse por tener una mejor calidad de vida”, a diferencia de sus hermanos, quienes concurren a una institución escolar en Malvinas Argentinas y transitaban problemas de adicción. Por su parte, Lara, habitante de Pablo Nogués de clase trabajadora, afirma que para “salir adelante en la vida” debió evitar hacer foco en lo que hacían sus amigas en su barrio, quienes optaban por “el camino fácil de ir a drogarse a una esquina o acompañar a un pibe a robar”. Si bien afirma haber transitado dichas situaciones en las que la vida “podría haberla llevado hacia otro lugar”, destaca haber seguido “luchando” para ser “otra persona”. Asimismo, Jonatan, hombre de clase trabajadora asentado en Los Troncos, expone su paso por una escuela técnica dentro de la fábrica Ford (gracias a la obtención de una beca), institución donde no logró consolidar amistades a largo plazo debido a su sensación de no estar incluido en el estrato socioeconómico de sus compañeros, el cual estaba conformado por grupos “muy cerrados” que compartían deportes como el rugby o barrios como Nordelta, ambientes a los cuales él no pertenecía:

G: Yo empecé en escuela distinta a mis hermanos, yo siempre tomé otro rumbo, siempre fui hacia otro, otro, otro municipio y mis hermanos estuvieron de este lado, yo me fui del lado de Tigre y siempre fui a un colegio distinto a ellos. De hecho, yo creo que tuve más educación o mejor oportunidad que, que mis hermanos (...) Y fui teniendo en mi ambiente de ese lado, o sea, siempre tomé otro rumbo. Me dirigí hacia otro lado y siempre hice lo que a mí me parecía bien. (...) Estudiar. Tratar de hacer las cosas lo mejor posible. Esforzarme por mí, por tener una mejor calidad de vida también. Obviamente mis hermanos, los varones

son como medio complicado porque ellos tomaron otro rumbo, tuvieron problemas de adicción.

(Gisele, Malvinas Argentinas, Clase Trabajadora)

Ahora bien, además de establecer diferencias entre las cualidades positivas y negativas que se obtienen al transitar o pertenecer a los distintos barrios, los entrevistados de clase media y trabajadora dan cuenta de distinciones, también, al interior de sus entornos residenciales: delimitan límites entre el centro y la periferia de cada área, el “acá” en oposición al “fondo” o a “la parte de atrás” del barrio, la zona “residencial” en comparación al sector “de villa” y a través de puentes, vías, rutas o arroyos, que no sólo se constituyen como fronteras físicas, sino también, como barreras simbólicas que adquieren determinados significados. Se detectan zonas de mayor peligrosidad que otras, a las cuales es aconsejable no concurrir ni cruzarse con quienes las frecuentan, ya que pueden tener malas intenciones, robar o ser descuidados en términos de higiene con el barrio. Mónica, mujer de clase media afincada en Lomas de Zamora relata que cerca de su casa, “en el barrio de Garay en el fondo” suelen llevarse a cabo comparsas, sin embargo, prefiere no concurrir por temor a “que la miren diferente” por su modo de vestir o que le roben al asistir con “un auto muy lindo”, como el que tiene su pareja. Por su parte, Jonatan, habitante de El Zorzal de clase trabajadora, diferencia dos sectores dentro de su barrio: por un lado, una zona residencial con lindas casas, y “al fondo de Los Troncos, alejándose de la ruta” una zona “peligrosa/heavy” desde donde, detrás de un arroyo, “vienen a robar”, motivo por el cual optan que sus hijos jueguen puertas adentro de su casa. Leonardo, hombre de clase trabajadora asentado en El Talar, delimita dos partes al interior de Don Torcuato: una zona residencial con casas amplias o quintas, habitadas por gente mayor y “más para atrás”, cerca de la vía, un entorno “que es como más villa”, donde está “la multitud” y “la muchedumbre”.

E: ¿Y cómo es el barrio en el que vivís?

J: Y la verdad que, vos lo mirás si venís en el auto, capaz venís paseando qué se yo, y la verdad que las casas son lindas, es bastante residencial se diría digamos, pero estamos muy cerca de una zona bastante peligrosa ponele, que es al fondo de Los Troncos digamos, alejándose de la Ruta, de la 197, hay un arroyo y del otro lado del arroyo está como la zona "heavy" ponele. Y bueno de ahí vienen a robar, y a nosotros ya nos robaron, entraron al patio y se llevaron un par de cosas.

(Jonatan, El Zorzal, Clase Trabajadora)

Por ello, y como destaca Saraví (2008) resulta necesario enfocarse en la dimensión simbólica de la segregación, es decir, en la existencia de espacios restringidos o “prohibidos” para determinados sectores de la población que no requieren de barreras físicas, sino más bien, de muros simbólicos que fragmentan la estructura social imprimiendo diferentes lógicas en los espacios de residencia, de esparcimiento, de sociabilidad y consumo. En este contexto, los estigmas territoriales se presentan como instrumentos de diferenciación social y como

expresión de una violencia simbólica que reproduce las desigualdades sociales, en tanto comienzan a identificar espacios “vacíos” que no es conveniente transitar.

En este sentido, Bayón y Saraví (2019) argumentan que el neoliberalismo ha acentuado la tendencia a asociarnos e interactuar con otros similares a nosotros en la vida cotidiana. Esto es, se acrecienta la búsqueda de personas compatibles a uno en gustos y estilos de vida, mientras que se obstaculizan las relaciones cercanas entre individuos socialmente distantes. De esta manera, se experimenta una sensación de incomodidad o inseguridad en interacciones con sectores sociales diferentes: “el miedo, la desconfianza y la descalificación moral, incluso estética, del otro, se conjugan con la búsqueda de la seguridad - social y subjetiva - provista por una comunidad integrada por gente como uno”. En efecto, la sociabilidad adquiere un carácter en donde predomina la homogeneidad social.

En esta línea, los entrevistados pertenecientes a la clase media, en lugar de exponer sus entornos residenciales como obstáculos a superar en el transcurso de vida, los presentan como escenarios en los cuales se espera juntarse con gente igual a uno: con profesiones, estudios, formas de ser, hablar, vestir y consumir similares. De esta forma, dichos aspectos no se constituyen, únicamente, como factores de diferenciación a la hora de pensar los distintos barrios, sino también, como características que, al ser compartidas, pueden fomentar el encuentro, la coincidencia y la sensación de comodidad entre personas:

F: Vos hablabas de la gente del barrio, tus amigos... ¿cómo era la gente, qué ocupaciones tienen los padres de tus amigos, por ejemplo... la gente grande...?

G. Bueno, siempre vi que fueron profesionales, los padres de mis compañeros, mis amigos de la infancia, unas casas bien constituidas, se notaba que venían de una clase parecida a la mía, que era media-baja. Siempre fueron hospitalarios, fueron muy buenas personas (...) Yo también venía de una familia que éramos así, entonces eso fue bueno en el sentido que pudimos vincularnos bien... Conocí varias cosas, conocí mis amistades de la misma clases social que yo, y amistades de clase más baja también, pero que mantenían esa forma de vivir, digamos... ese estimo hacia el otro y esa confianza de compartir cosas... yo creo que eso es algo muy copado que había antes.

(Gustavo, Clase Media, San Andrés - UBACyT 2019)

Ahora bien, Kessler (2012) sostiene que la propagación del estigma viene con una marca de época inevitable: la preocupación por el delito. Esto es, si bien siempre han existido lugares señalados como peligrosos, en las últimas décadas se ha amplificado el proceso de “empeligrosamiento” o, dicho de otro modo, “la tendencia a evaluar el mundo a través de categorías de amenaza de distinto tipo” (Lianos y Douglas en Kessler, 2012: 174) que se convierten en criterios legítimos para evitar al otro e impedir que se acerque a nosotros. En consonancia, Saraví (2008) observa que la inseguridad se presenta como un aspecto prioritario de los estigmas territoriales, expresándose en la desacreditación de ciertos espacios urbanos y determinados grupos étnicos, más precisamente, los jóvenes de sectores populares: ser un joven de un barrio periférico equivale entonces a ser un “violento”, “drogadicto” o “delincuente” en potencia (Reguillo en Saraví, 2008).

Tanto en los discursos de los entrevistados de clase media como los de clase trabajadora se establece una diferenciación “ellos/nosotros” haciendo hincapié en la problemática de la inseguridad, el consumo de alcohol y drogas, el “vagabundeo”, las “juntas” en la calle. No sólo se asocian determinados territorios a quienes ejercen estas prácticas, sino también, un cierto rango etario. Es decir, quienes delinquen, se drogan o generan conflictos en el barrio es la gente joven que “viene del fondo”, “de atrás del arroyo”, “de la zona peligrosa/heavy”. Por el contrario, los barrios o zonas residenciales habitadas por gente mayor están vinculadas a contextos tranquilos en donde uno puede sentirse a gusto. Se diferencian así los barrios “quilomberos”, “picantes”, “pesados”, en los cuales se depositan las sensaciones de miedo, intranquilidad e incomodidad, de los barrios de “gente trabajadora”, “ordenada”, “sencilla”, que actualmente se priva de disfrutar el tiempo libre en la calle, debiendo retirarse y mantenerse puertas adentro. Asimismo, los entrevistados establecen una diferenciación con épocas anteriores respecto a la inseguridad barrial. Afirman que hoy en día no se puede tener la “libertad” que se tenía antes en el barrio, sus hijos ya no pueden jugar en la calle y ya no se puede confiar en los vecinos como se hacía antes.

J: Nosotros acá vivimos bien; está bien, con toda la seguridad, no le damos chance al delincuente. Pero vivimos en una cuadra dentro de todo ordenada; gente trabajadora, sencilla. Está bien. Siempre tenés uno que... el molesto, el quilombero (como quien dice) pero... se lo ignora; igual es de acá a dos cuadras, ponele. Creo yo que en todo barrio del conurbano es medio... hay de todo. Tenés aquel barrio que es pesado, que es picante (como quien dice), y aquel barrio que es sencillo, humilde... acá en el barrio sencillo que yo estoy, hoy en día ya mucha gente, los mayores, no hay chicos adolescentes. Y si los hay tranquilos: o están en su casa o en el colegio, o salen a hacer las compras... no es que estén haciendo vereda o esquina
(Julio, Grand Bourg, Clase Trabajadora)

4. Conclusiones o reflexiones finales

En los relatos de los y las entrevistadas se observó el carácter socio-territorial de la desigualdad: la posición de clase de las familias se interrelaciona con el entorno residencial y sus oportunidades diferenciales -consecuencia del acceso al mercado de vivienda y sus condiciones de localización-; con los procesos subjetivos de percepción y construcción de la alteridad y la distinción; y a través de los estigmas territoriales, la percepción de espacios “prohibidos” basado en el sentimiento de peligrosidad o inseguridad. Aún partiendo de una percepción similar sobre las oportunidades que debería brindar un entorno residencial “deseable”, las condiciones de localización y los diferenciales recursos de las familias dan lugar a experiencias urbanas desiguales.

Si bien los entrevistados no residen en entornos típicamente considerados como “segregados”, como las villas o los barrios privados, las familias de clase media y trabajadora también participan de los procesos de segregación residencial. Observamos experiencias orientadas por la búsqueda de una distinción jerárquica con los sectores vistos como más

bajos, estrategias de evitación que sirven como formas de gestionar la alteridad o controlar la mixtura social a la que se exponen, como en la elección educativa y de residencia dentro de ámbitos percibidos como “de iguales”, sobre todo entre familias de clase media con mayores recursos para realizar esas elecciones, que buscan círculos de sociabilidad, recreación y ocio que expresen una identificación o familiaridad recíproca.

Respecto de la relación entre el espacio social y el espacio físico o urbano, tanto en los discursos de los entrevistados de clase media y trabajadora se evidencia la asociación de determinadas formas de vida, modos de ser, actuar y vestir, capacidades de consumo, etc. con los distintos entornos residenciales. De este modo, la estigmatización territorial opera en ambas clases, en tanto ciertos territorios son percibidos como “tranquilos” y deseables de habitar, mientras que otros se caracterizan por sus malas condiciones de vida, siendo conveniente evitarlos. En consonancia, las distinciones también son establecidas al interior de cada barrio: se delimitan límites entre centro-periferia, acá-fondo, zona residencial-villa, etc. que, más allá de establecer fronteras físicas, se constituyen como barreras simbólicas que marcan los contornos de las zonas que resultan cómodas de pisar y los vínculos que son confiables y seguros de conformar, tendiendo así a la reproducción de lazos con características similares a nosotros.

Si bien es cierto que en ambas clases se reproducen estigmas territoriales, observamos que dentro de la clase trabajadora el entorno residencial aparece como un elemento capaz de influir negativamente en las trayectorias educativas y laborales, es decir, incidir en las chances de vida. En relación a esto, se ven las elecciones educativas escindidas del barrio y otras prácticas que aparecen como estrategias de micro-diferenciación, elaboradas para distinguirse de aquellos vecinos que hacen del barrio algo “indeseable”, aquellos que “no quieren progresar” o que no te permiten “hacer las cosas bien”, aludiendo a una diferencia con los valores de los demás residentes. Sin embargo, también cabe mencionar las experiencias en las cuales las condiciones de vida de los vecinos impulsan procesos de organización y compromiso con el mejoramiento de la infraestructura, los servicios o la seguridad del barrio.

La percepción de determinados espacios y residentes como “inseguros”, “pesados” o “picantes” se hace presente en los relatos de la mayoría de los entrevistados de clase media y trabajadora, posicionando así a la preocupación por la inseguridad, elemento central del estigma territorial, como un aspecto emergente fundamental del presente análisis. Por ello, resultaría interesante indagar en futuros trabajos las valoraciones, percepciones y opiniones que los habitantes tienen acerca de la seguridad-inseguridad, situaciones de delito y consumo de alcohol y drogas que suceden en sus entornos.

5. Referencias bibliográficas:

- Bayón, M., & Saraví, G. (2019). Desigualdades: subjetividad, otredad y convivencia social en Latinoamérica. *Desacatos*, (59), 8-15.
- _____ (2019) La experiencia escolar como experiencia de clase: fronteras morales, estigmas y resistencias. *Desacatos*. N°59
- Boniolo, P (2020) El efecto de la residencia en la movilidad social intergeneracional. En R. Sautu, P. Boniolo, P. Dalle y R. Elbert (eds.), *El análisis de clases sociales. Pensando la movilidad social, la residencia, los lazos sociales, la identidad y la agencia*, pp. 135-160. Buenos Aires: CLACSO-IIGG.
- Boniolo, P. y Estévez Leston, B. (2017) El efecto del territorio en la movilidad social de los hogares de la RMBA. *Cuadernos Geográficos* 56(1), pp.101-123.
- Cervio, A. L. (2020). Trayectorias de habitabilidad en contextos de segregación socio-espacial: una aproximación teórico-metodológica desde las sensibilidades. *Economía, sociedad y territorio*, 20(63), 335-364.
- Dalle, P. (2012) Cambios recientes en la estratificación social en Argentina (2003-2011). Inflexiones y dinámicas emergentes de movilidad social. *Argumentos. Revista de crítica social*, 14, octubre 2012.
- Elorza, A. (2019). Segregación residencial y estigmatización territorial. Representaciones y prácticas de los habitantes de territorios segregados. *EURE (Santiago)* , 45 (135), 91-110.
- Freidin, B., Ballesteros, M. S., Krause, M., & Wilner, A. (2020). Estigmatización territorial y salud: experiencias de desigualdad social en la periferia de Buenos Aires. *Estudios demográficos y urbanos*, 35(1), 153-183.
- Kessler, G. (2012). Las consecuencias de la estigmatización territorial. Reflexiones a partir de un caso particular. *Espacios en blanco. Revista de educación*, 22, 165-198.
- Rodríguez, J., & Arriagada, C. (2004). Segregación residencial en la ciudad latinoamericana. *Eure (Santiago)*, 30(89), 05-24.
- Sabatini, F., Cáceres, G., y Cerda, J. (2001) Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: Tendencias de las últimas décadas y posibles cursos de acción. *Revista eure* Vol. XXVIII, N°82, pp. 21-42.
- Sabatini, F (2006) La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina. Departamento de Desarrollo Sostenible, Banco Interamericano de Desarrollo.
- Saraví, G. A. (2004). Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural. *Revista de la CEPAL*.
- Saraví, GA (2008). Mundos aislados: segregación urbana y desigualdad en la ciudad de México. *Eure (Santiago)* , 34 (103), 93-110.
- Sautu, R (2012) Reproducción y cambio en la estructura de clase. *Entramados y perspectivas*. Vol. 2, N°2. Enero-Junio 2012, pp. 127-154.

- Segura, R. (2012). Elementos para una crítica de la noción de segregación residencial socio-económica: desigualdades, desplazamientos e interacciones en la periferia de La Plata. *Quid 16: Revista del Área de Estudios Urbanos*, (2), 106-132.
- Segura, R. (2006). Segregación residencial, fronteras urbanas y movilidad territorial. Un acercamiento etnográfico. *Cuadernos del IDES*, 9, 3-24.
- Solís, P., Benza, G. y Boado, M. (2016) Movilidad intergeneracional de clase: una aproximación sociológica al estudio de la movilidad social. En Solís, P y Boado, M. (coords.) *Y sin embargo se mueve... Estratificación social y movilidad intergeneracional de clase en América Latina*. Ciudad de México: El colegio de México.
- Svampa, M. (2001) *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires: Biblos.